

Sociológica, año 19, número 55, mayo-agosto de 2004, pp. 13-47
Fecha de recepción 12/01/04, fecha de aceptación 27/03/04

Historia social o sociología histórica. El debate en la academia norteamericana en el periodo de la posguerra, 1945-1970

*Patricia San Pedro López**

RESUMEN

En este artículo se exponen el contexto histórico y las transformaciones teóricas que dieron lugar al reencuentro de la historia y la sociología norteamericanas, durante el cuarto de siglo posterior a la Segunda Guerra Mundial. El cruce entre ambas disciplinas se dio, principalmente, en la nueva historia social y la sociología histórica, que surgieron entre 1960 y 1980. En el primer apartado del trabajo abordamos el proceso de institucionalización de la historia y la sociología antes de 1940, para entender la rápida expansión y especialización de los dos campos de conocimiento “híbridos” en las dos décadas siguientes. En segundo lugar, narramos los cambios disciplinarios que acercaron a los historiadores norteamericanos a la teoría social. Por último, explicamos los intereses, visiones y problemas que orientaron históricamente a los estudios sociológicos.

PALABRAS CLAVE: sociología histórica, historia social, academia norteamericana, comunidades profesionales, universidades norteamericanas, estructural funcionalismo, teoría sociológica.

ABSTRACT

This article explains the historical context and theoretical transformations that gave rise to the coming together of U.S. history and sociology during the quarter of a century after World War II. The cross between the two disciplines occurred mainly in the new social history and historic sociology that emerged between 1960 and 1980. In the first section of this work, we look at the process of institutionalization of history and sociology before 1940 to understand the rapid expansion and specialization of the two “hybrid” fields of knowledge in the two following decades. Secondly, we narrate the discipline changes that brought U.S. historians close to social theory. Lastly, we explain the interests, visions and problems that historically oriented sociological studies.

KEY WORDS: historical sociology, social history, U.S. academia, professional communities, U.S. universities, structural functionalism, sociological theory.

* Profesora-investigadora del Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, Av. San Pablo 180, col. Reynosa Tamaulipas, 02200, México, D.F. Correo electrónico: plp@correo.azc.uam.mx



INTRODUCCIÓN

EN EL PANORAMA actual de las ciencias sociales existe una gran variedad de estudios interdisciplinarios, dos de los cuales son la denominada “nueva” historia social y la sociología histórica. Ambos campos de conocimiento surgieron en distintos escenarios académicos durante el periodo de la segunda posguerra. Con diversos grados y matices, estas disciplinas híbridas han intentado superar el divorcio entre la historia y la sociología que predominó en el periodo de entreguerras del siglo xx, cuando cada una de las ciencias sociales luchaba por ganar prestigio, reconocimiento y predominio al interior de los departamentos universitarios. Sin embargo, la reconciliación y convergencia entre ambas empresas intelectuales no estuvo ni está libre de asperezas, recriminaciones y desconfianzas mutuas, pues aunque algunos proponen una sana división del trabajo intelectual para compartir técnicas, conceptos y datos, otros sólo conciben la fusión en una sola empresa como la única manera de superar la “crisis” vigente de la ciencia social.

Varios autores han dado cuenta de los cambios en la relación entre la historia y la sociología, desde la fundación de la última a fines del siglo xix hasta el presente. Entre ellos podemos mencionar los dos trabajos de Burke (1980) y (1997), Abrams (1982), Skocpol (1984), Juliá (1989), Smith (1991), Wallerstein (1996), Aróstegui (2001) y Casanova (2003). Todos los trabajos mencionados coinciden en señalar que en los pensadores clásicos (Marx, Weber, Tocqueville, Durkheim) no había una separación entre historia y sociología, ya que sus investigaciones combinaron la teoría social con una gran

cantidad de fuentes históricas, antiguas y contemporáneas, pues como testigos de profundos cambios provocados por el capitalismo y la industrialización estaban interesados en entender las causas y procesos de la transición de la sociedad feudal a la sociedad moderna. Por eso, las categorías de tiempo y espacio eran centrales para el análisis teórico de la sociedad. Como afirma Juliá, “se puede decir razonablemente que la sociología fue en su origen historia de la sociedad y que, por tanto, entre ella y la historia no podía trazarse una frontera nítida” (Juliá, 1989: 59).

Sin embargo, las siguientes generaciones de sociólogos e historiadores propiciaron el divorcio de estas disciplinas en las primeras cuatro décadas del siglo xx, debido a la búsqueda de fronteras claras que consolidaran su “profesionalización” e identidad intelectual. Después de la Segunda Guerra Mundial, el péndulo giró hacia el reencuentro paulatino, que comenzó a ser visible en los años sesenta y después claramente definido en los setenta, con el surgimiento de la “nueva” historia de la Escuela de los *Annales* en Francia, el marxismo cultural en Inglaterra, y la también “nueva” historia social y la sociología histórica en los Estados Unidos.

El objetivo principal de este trabajo es dar cuenta de las condiciones históricas y disciplinarias que posibilitaron el reencuentro de la sociología (de una parte de ella) y la historia (también sólo una parte) en el vecino país del norte, durante el periodo de la posguerra, a partir del surgimiento de la nueva historia social y de la sociología histórica como dos campos de convergencia interdisciplinaria. En el primer apartado se expone el proceso de institucionalización de la historia y la sociología en la academia norteamericana; en el segundo, abordamos el desarrollo de la nueva historia social norteamericana y su relación con la nueva izquierda; en el último apartado describimos el surgimiento de la sociología histórica –dividido en dos fases– desde los años cincuenta a mediados de los setenta.

Nuestro punto de partida es el concepto de *operación historiográfica* del filósofo francés Michel De Certeau, según el cual toda escritura histórica es una operación, resultado de “la relación entre un lugar (un reclutamiento, un medio, un oficio, etc.), varios procedimientos de análisis (una disciplina), y la construcción de un texto (una literatura)” (De Certeau, 1995: 67). Dado que nuestro objetivo es “historiar” la relación entre dos disciplinas humanas, nos interesa conocer el lugar social donde ellas se encuentran, se separan y se

vuelven a unir. En nuestro caso: la academia norteamericana de mediados del siglo xx, un lugar en el cual se definen los requisitos, normas, estilos, jerarquías y privilegios de las distintas ciencias. La academia norteamericana es una institución social que tiene un desarrollo y características propias que abordaremos a partir del surgimiento y consolidación de las ciencias sociales, específicamente la historia y la sociología. De aquí la pertinencia de subrayar el proceso de institucionalización¹ del sistema universitario norteamericano que tuvo lugar entre 1940 y 1970.

INSTITUCIONALIZACIÓN Y PROFESIONALIZACIÓN DE LA HISTORIA Y DE LA SOCIOLOGÍA EN LA ACADEMIA NORTEAMERICANA

La etapa inmediata a la Segunda Guerra Mundial fue decisiva para el avance espectacular de la profesionalización de las ciencias sociales en Estados Unidos debido a varios aspectos, entre los que destacan: el ingreso a la educación superior de los *baby boomers* y, en consecuencia, la expansión acelerada del sistema universitario norteamericano; la multiplicación de revistas y sociedades especializadas en numerosos campos de estudios; el incremento notable de las plazas y de los salarios académicos; el aumento de becas para estudios en el extranjero; la fluida movilidad geográfica de los investigadores de distintas universidades que, a su vez, fortaleció lealtades institucionales por encima de lealtades regionales, y el crecimiento sustancial de la inversión gubernamental en la educación superior.

Como afirmó Peter Novick, los años cincuenta anunciaban “una nueva era” historiográfica, pero también para el conjunto de las ciencias sociales, y la mejor prueba de ello era que cada vez con mayor frecuencia los textos iban dirigidos a un público “estrictamente académico”, a un público ilustrado de estudiantes y colegas de la misma profesión. La producción académica iba en constante aumento, aunque la calidad de los trabajos no era la misma para todos; sin embargo, el optimismo brillaba en lo alto porque escribir y publicar más era signo de crecimiento en la profesión (Novick, 1997: 436-445).

¹ El concepto de institucionalización remite a prácticas sociales lo suficientemente regulares y continuas como para dar vida a instituciones, es decir, a pautas establecidas de comportamiento. Nicholas Abercrombie, Stephen Hill y Turner Bryan (1986).

De acuerdo con Martin Trow, en buena medida la euforia de los académicos se debía a la gran energía de la economía en expansión, pero sobre todo al orgullo y la confianza de pertenecer a instituciones reconocidas y respetadas por la sociedad (Trow, 1989: 36); sin embargo, a juicio de este autor y de otros, la gran fortaleza adquirida por las ciencias sociales en Estados Unidos durante la posguerra no hubiera sido posible sin la base institucional del sistema universitario creada y desarrollada a finales del siglo XIX. Este aspecto es el que distingue a Estados Unidos de otros países, ya que su educación superior, concebida como sistema, es la más antigua en las naciones desarrolladas, pues su organización institucional se dio, aproximadamente, entre 1870 y 1910. Así:

Alrededor de 1900, cuando únicamente el 4% de los norteamericanos en edad universitaria asistía a los estudios, ya existían prácticamente todas las características estructurales centrales de la educación superior norteamericana: una junta directiva; un presidente fuerte, rodeado de su consejo de administración; la estructura bien definida de la jerarquía entre el personal académico y, en las instituciones selectivas, promoción a partir de la reputación académica, ligada a la publicación de trabajos; disponibilidad de cambiar de institución a institución, en busca de una carrera académica (Trow, 1989: 39).

En contraste, el sistema británico de educación superior se creó a partir de 1945, ya que de las 44 universidades existentes, sólo cinco se fundaron antes de 1900 y más de la mitad aparecieron después de la Segunda Guerra Mundial, y “la unificación de criterios de admisión, asignación de becas, tabuladores de pagos, estándares para la obtención de grados y proporción de alumnos por maestro fue desarrollada posteriormente” (Trow, 1989: 39).

Otra característica singular del sistema universitario norteamericano fue la creación de departamentos académicos que abarcaban todas las áreas del conocimiento, a diferencia de las escuelas y facultades europeas. La emergencia simultánea de las ciencias sociales (como profesiones académicas) difiere de la experiencia de Europa, en donde el sistema universitario se creó antes del nacimiento de algunas disciplinas, por ejemplo, la sociología. De este modo, “mientras la sociología encontró dificultades para establecerse en Europa, en los Estados Unidos le resultó más fácil debido a su nuevo y más fluido

sistema universitario” (Ritzer, 2001: 54); en el mismo sentido Bottomore y Nisbet señalan que en este país no existían “las trabas de las tradiciones seculares que pesaban sobre las universidades europeas” y los jóvenes estudiantes mostraron una gran receptividad a las nuevas disciplinas, especialmente a las ciencias sociales (Bottomore y Nisbet, 1988: 332).

La sociología norteamericana emergió como disciplina autónoma en la década de 1890, en la Universidad de Chicago, época en la que había un profundo interés de los primeros sociólogos por apoyar el movimiento de Reforma Social, más que en tratar cuestiones “teóricas”; el rechazo a reflexiones filosóficas o epistemológicas más generales sobre los fundamentos de la disciplina (que muchos identificaban con la discusión historicista alemana o con el marxismo decimonónico) facilitó la influencia del positivismo comteano, el enfoque spenceriano, así como la investigación “empírica.”² En 1895 apareció la primera revista de la profesión, la *American Journal of Sociology*, y la primera asociación profesional, la *American Sociological Society*. Hacia 1920, los sociólogos habían desarrollado una identidad y una visibilidad públicamente reconocidas (Bottomore y Nisbet, 1988: 333).

Es importante destacar que la gran extensión que con suma rapidez logró la sociología en la academia norteamericana la colocó en una posición de primer orden al considerarse como la “ciencia natural de la sociedad,” e incluso, como el modelo de “ciencia norteamericana” que serviría de ejemplo a otras academias nacionales. Hacia finales de los treinta, la preocupación principal de la disciplina sociológica era consolidar su carácter científico, dejando en segundo lugar los “problemas” sociales que atrajeron su atención en la primera etapa de institucionalización; así, la “ciencia de la sociedad” convocó con gran entusiasmo a utilizar métodos sofisticados, el análisis estadístico (algunos imitaban los modelos matemáticos forma-

² Gino Germani había señalado que “en 1877 se crea en Caracas un Instituto de Ciencias Sociales en el que actúan Hostos y otros; desde 1882 funciona una cátedra de sociología en la Universidad de Bogotá, en 1896 en Buenos Aires, en 1900 en Asunción del Paraguay, en 1906 en Ecuador, y así en los restantes países...” No obstante, Marsal considera que la institucionalización de la sociología fue más rápida y sólida en el vecino país del norte debido al “vacío cultural” o ideológico que permitió su florecimiento y desarrollo ascendente, así como a que las universidades norteamericanas “vivían libres de cualquier control centralizado y su gobierno estaba en manos de los titulares de las disciplinas” (Marsal, 1977: 179 y 185).

les), y un lenguaje especializado cada vez más abstracto.³ En las siguientes dos décadas, el liderazgo profesional se centró en la Universidad de Harvard y en la Universidad de Columbia, ésta última considerada “la meca de los estudios sociológicos en Estados Unidos (Velasco, 2001: 3).

En marcado contraste con el rápido desarrollo institucional de la sociología, en las primeras décadas de la institucionalización de las ciencias sociales en la academia norteamericana el reconocimiento “profesional” de la disciplina de Clío fue más complejo y lento, debido a varios factores, entre ellos el largo debate sobre la ubicación de la historia como parte de las ciencias sociales o como una rama de la literatura. El historiador norteamericano Oscar Handlin anotó que en el siglo XVIII la palabra historia aún se aplicaba ocasionalmente a la ficción o a los relatos de viajes, o incluso a las descripciones de la naturaleza. A pesar de que los primeros cursos de historia en las universidades norteamericanas se impartieron antes de la Guerra Civil, todavía hacia finales del siglo XIX ésta se consideraba una práctica de *amateurs*, porque “hasta entonces la historia había sido diversión de los caballeros de estudio, de los periodistas y de los literatos que actuaban como individuos; sólo unos cuantos, comenzando con Jared Sparks, habían enseñado esa materia en las universidades” (Handlin, 1982: 65).

Desde la fundación de la nación norteamericana la historia fue una de las primeras formas de literatura que recogió las preocupaciones de los primeros habitantes por su “pasado”, quienes desde un principio creyeron que su experiencia como pueblo tenía un propósito especial, una misión divina. Durante el siglo XIX esta idea se secularizó y siguió siendo el eje de los primeros relatos históricos “académicos”, por ejemplo, en *History of the U.S. (1834-1882)*, de George Bancroft. En la literatura y en la historia la influencia romántica era predominante, debido a la naturaleza épica de los personajes, reales o ficticios, y la *narración cronológica* era el formato para ambos tipos de

³ En 1934, Max Horkheimer, director del Instituto de Investigación Social de Frankfurt, Alemania, fue invitado por el rector de la Universidad de Columbia para que fundara un centro de teoría marxista, que se mantuvo abierto hasta el regreso del pensador alemán a su país en 1949. Varias figuras asociadas a este centro abordaron el estudio de la economía y los sistemas culturales de manera conjunta, creando lo que algunos autores denominan un “marxismo weberiano”. Pero no fue sino hasta finales de los años sesenta cuando la Teoría Crítica fue “descubierta” por los sociólogos norteamericanos (Ritzer, 2001: 74-75).

escritura. Los historiadores tenían en muy alto valor la presentación “literaria” de sus relatos porque les interesaba llegar a un público muy numeroso. Por ello, “constantemente los hombres de estudio norteamericanos habían luchado contra la difusión de la jerga o de la terminología esotérica o del estilo abstruso” (Handlin, 1982: 65), pero también cuidaban la “exactitud” de sus datos. Por ello revisaban meticulosamente todas las fuentes documentales primarias disponibles. Las historias que los eruditos norteamericanos relataban eran historias “escrupulosamente verdaderas”.

Aproximadamente en la década de 1880 los historiadores norteamericanos vieron a la historia “científica” como una gran oportunidad para hacer de su disciplina una “profesión” a la altura de las ciencias sociales, y fue el modelo de las ciencias naturales el que inspiró su quehacer profesional; así, todo conocimiento “imaginado e imaginario” fue relegado a los campos de la filosofía o de la literatura. El “noble sueño” de la historiografía norteamericana era relatar “lo que realmente sucedió”, de manera objetiva y neutral mediante el estudio exhaustivo de todas las fuentes documentales disponibles. Aunque este modelo historiográfico era de origen europeo, en Estados Unidos:

... justificó un pragmatismo tosco pero eficaz y un énfasis sobre la objetividad de los hechos. El conocimiento del pasado era accesible por medio del estudio paciente y objetivo y sólo requería industria, la supresión de opiniones personales, y un ejercicio sistemático de imparcialidad. James Ford Rhodes creía que la imparcialidad, el abandono de todas las nociones preconcebidas, la diligencia y la exactitud eran suficientes para formar un historiador. Mientras esta actitud prevaleciera, las amplias teorías de la historia que pretendían abarcarlo todo tendrían poco efecto directo o consciente en la forma en que escribían los norteamericanos (Handlin, 1982: 92).

Sin embargo, desde el principio no era totalmente clara la ubicación de la historia en el conjunto de las disciplinas sociales. Para algunos su lugar debería estar junto a las ciencias sociales nomotéticas (sociología, economía y antropología); para otros, la historia estaría acompañada por la filosofía y la literatura. Los partidarios de esta última opinión resaltaban precisamente su origen literario y humanístico, al afirmar que “por generaciones, por siglos, la historia fue sobre todo una historia para ser contada y entendida, los sucesos dependían del

alcance de la línea narrativa” del escritor; por eso, todo historiador que pretendiera ser reconocido en la disciplina debería ser un excelente literato (Hofstadter, 1968: 3).

Quienes aspiraban a la científicidad abandonaron la figura literaria del romance que dominaba la narrativa histórica norteamericana; como lo señaló uno de los fundadores de la historiografía moderna estadounidense, John Higham: “La historia era para hacerse ciencia, no para hacer literatura” (Ross, 1995: 654). En las universidades de Columbia y Chicago, la historia formó parte de los rigurosos programas de estudio, al lado de la política, la economía, la antropología y la sociología; la tarea que se le asignó fue la de poner a prueba los datos y teorías creados por las ciencias sociales. Sólo cumpliendo con este propósito, la historia podría ser considerada también como una “ciencia social” (Handlin, 1982: 252). La necesidad de reconocimiento profesional, según Handlin, condujo a los historiadores norteamericanos a diferenciarse de los *amateurs*:

Eso explicaba sus ansias por profesionalizar las técnicas, por reducir a métodos precisos los recursos para verificar los datos. Los seminarios, ya introducidos en las universidades de Michigan, Harvard y John Hopkins, imitando a los de Alemania, habían de ser talleres en los cuales los jóvenes aspirantes podrían adquirir la habilidad de la ciencia; el doctorado iba a ser la contraseña de admisión en la cofradía; y la Asociación de Historia Norteamericana (*American Historical Association*), fundada en 1884, a través de sus juntas y publicaciones fomentaría el mantenimiento de niveles apropiados. Una multitud de eruditos tenaces se propuso la tarea de crear el arsenal de bibliografías y guías y manuales, de los que sus sucesores podrían extraer las armas que usarían en la lucha para hacer más precisas las aproximaciones a la verdad (Handlin, 1989: 44).

A pesar de la oposición entre ambos tipos de historia —la narrativa y la “científica”—, la división nunca fue tan esquemática pues hubo historiadores para los cuales no era un dilema hacer historia narrativa y hacer ciencia; ellos siguieron escribiendo grandes narraciones dirigidas no sólo a sus colegas en la academia, sino al público más amplio, porque pensaron que la ciencia debía apuntalar el edificio construido por la historia literaria, mas no derribarlo (Ross, 1995: 654). Con todo, la *mainstream* o corriente principal de la historiografía norteamericana fue el modelo de historia “científica”

que pretendía imitar al modelo de la ciencia natural que establecía “leyes científicas”; como afirma Ross:

Fue hasta los años veinte de nuestro siglo (siglo xx) cuando el cientificismo cautivó a la corriente principal de todas las disciplinas de ciencias sociales, y éstas tomaron la determinación consciente de modelarse exclusivamente de acuerdo con las ciencias naturales, decisión que estaba basada en alguna versión de la creencia positivista de que la ciencia brindaba un acceso privilegiado a la realidad (Ross, 1994: 121).

En resumen, a partir de 1880 los aspectos más importantes de la historia profesional o “científica” en Estados Unidos eran el apego estricto a las fuentes originales para describir “lo que realmente aconteció” en el pasado, el adiestramiento en las técnicas y métodos documentales, la presentación de los trabajos de investigación en una monografía, la especialización en un solo campo de estudio, y la organización de los historiadores en agrupaciones profesionales. La disciplina había dejado de ser “literaria” y se había transformado en una de tipo “científico”.

En el siguiente medio siglo historiadores y sociólogos norteamericanos avanzaron en aspectos cruciales para la “profesionalización académica”: la investigación era una actividad dominante respecto a la enseñanza en las aulas universitarias, había criterios universales de evaluación de las publicaciones, el control de los mecanismos de ingreso y promoción dependía de los propios académicos y no de los “administradores” de las instituciones de educación superior; sin duda alguna, el prestigio profesional de las disciplinas sociales fue mayor en el seno de la sociedad estadounidense.

El conjunto de universidades establecidas durante la primera mitad del siglo xx mantuvo un espíritu de competencia y de gran capacidad de respuesta a los mercados, especialmente el mercado de alumnos; además, se preocuparon por mantener un fuerte liderazgo institucional y la búsqueda de una gran variedad de fuentes de financiamiento. Por lo anterior, Trow concluye que “los Estados Unidos ya tenían la estructura organizacional para un sistema de educación superior a nivel masivo, mucho antes de que hubiera acceso masivo. Únicamente era necesario el crecimiento” (Trow, 1989: 38). El crecimiento vino medio siglo después, cuando la expansión económica de la segunda posguerra y el *boom* demográfico hicieron posible el

ingreso masivo de miles de jóvenes norteamericanos a las instituciones de educación superior.⁴

En 1940 la población norteamericana era de 123 millones de habitantes y se incrementó a 179 millones en 1960; durante ese mismo periodo la población joven constituyó casi 50% de la población total. El *boom* demográfico aunado al aumento de las familias de clase media (la mitad de las familias tuvo ingresos anuales por encima de los 6,000 dólares, y un tercio superó los 7,500 dólares), explican el incremento sustantivo de estudiantes en las instituciones universitarias (Adams, 1979: 366). Además, la *Servicemen's Readjustment Act* de 1944 (Ley de Reinserción Social del Personal Militar), permitió el acceso de miles de soldados a su regreso de la guerra, y tuvo un efecto de movilidad social y democratización de las universidades más elitistas de Estados Unidos (De los Ríos, s/f: 3).

Al mismo tiempo, la expansión de las universidades y disciplinas sociales tuvo como resultado la creación de nuevas revistas, como por ejemplo, *Comparative Studies in Society and History* (1958), *Journal of Social History* (1967) y *Journal of Interdisciplinary History* (1970), la realización de numerosos congresos académicos y el crecimiento de las distintas profesiones y asociaciones de las ciencias sociales y de la historia. Para el caso particular de esta última, Novick señala que:

En parte, este nuevo aplomo profesional era cuestión de simple crecimiento. El número de miembros de la *American Historical Association* no era mucho mayor en 1940 que antes de la primera guerra mundial, pero se incrementó en más de 60% entre 1940 y 1950, en la misma proporción en la década de los cincuenta, y en los sesenta, en más de 90%, alcanzando 1,800 miembros. El volumen general del profesorado aumentó cinco veces entre 1940 y 1970. Durante la década de 1930 se otorgaron unos 150 doctorados cada año; tras desplomarse durante la guerra, esta cifra pasó de 350 por año a mediados de los cincuenta, a 600 a mediados de los sesenta, y a más de mil para fines de esa década. Muchos de los que ingresaban a la profesión encontraban

⁴ A pesar de la gigantesca expansión del sistema universitario norteamericano existe una preocupación constante por la calidad de la educación que se ofrece a los estudiantes del vecino país, especialmente la que se imparte en las 3,300 instituciones que otorgan créditos para licenciatura. En los últimos años, si bien la expansión ya no es un fenómeno recurrente, la matrícula de educación superior ha mantenido un número constante de alrededor de 12.5 millones de estudiantes, a pesar del notorio descenso en el número de egresados de preparatoria; véase Trow (1989: 36-37).

trabajo en instituciones pequeñas o nuevas, pero los departamentos de historia de las instituciones principales también se expandieron significativamente, alcanzando proporciones nunca antes imaginadas (Novick, 1997: 437-438).

Para los historiadores eruditos de la generación anterior, el crecimiento explosivo de la academia norteamericana durante la posguerra tuvo efectos negativos en los cánones y estándares de la profesión, pues la masificación de las universidades relajó los mecanismos de control, adiestramiento y experiencia; así, “durante algún tiempo, lo más era lo mejor, más libros, más periódicos, más ensayos, más monografías, más gentío en las convenciones” (Handlin, 1982: 83).

Ciertamente, gracias a la prosperidad económica aumentaron aún más los departamentos universitarios y centros de investigación, sólo que a partir de 1945 Estados Unidos era el líder hegemónico en el mundo, y esto también se reflejó en el liderazgo académico que ejerció la academia norteamericana sobre sus contrapartes europeas, principalmente en el financiamiento de la investigación, el número de becas otorgadas a estudiantes y profesores, y en la orientación de los temas de investigación. Como ha señalado Tenorio, durante la posguerra hubo un triunfo del conocimiento al “estilo americano”, una “americanización” de la ciencia social, cuyas características serían las de ser una ciencia social funcionalista, normativa, ahistórica y fuertemente biologista (Tenorio, 1999: 1184). La nueva legitimidad social de las disciplinas sociales se debía en gran parte a su papel en la formación y funcionamiento de los Estados modernos, a la adopción de “lenguajes” especializados (ligados a modelos matemáticos o estadísticos), y a su “objetividad y neutralidad”, es decir, a que era una ciencia “libre de valores”.

Bajo este modelo de ciencia social, la historia y la sociología marcaron todavía más sus diferencias hasta el punto de alcanzar lo que David Zaret denominó “el eclipse de la historia” en la sociología, debido a que ésta fue una ciencia social “aplicada” predominante que actuaba, según Horowitz, bajo la idea de que “vivimos sólo en el momento actual, y sólo en este momento en el espacio” (Horowitz, 1980: 118). Fue en el periodo inmediato a la posguerra que la corriente principal de la sociología norteamericana tuvo una “ruptura” con la historia, tanto con la disciplina como con el sentido del “tiempo y el espacio” de los fenómenos sociales. Entre 1940 y 1950, la “gran teoría” representada por Talcott Parsons y el estructural

funcionalismo abandonó la perspectiva histórica evolucionista al establecer un modelo estático de las sociedades modernas. Por otro lado, una buena parte de los historiadores rechazaron esta teoría social y su propuesta. De acuerdo con lo enunciado por uno de los más prominentes historiadores de esa etapa, Richard Hofstadter, “en una época en que tanta parte de nuestra literatura está impregnada de nihilismo, y otras disciplinas sociales se ven impulsadas hacia una estrecha investigación positivista, la historia puede seguir siendo la más humanizadora de las artes” (Hofstadter, 1968: 423).

No obstante, el viejo debate se desarrolló en un contexto social, político e ideológico muy distinto al de principios del siglo xx; por eso los resultados cambiaron notablemente y ahora, en vez de propiciar la separación y diferenciación de la historia y la sociología, la discusión intelectual condujo al reencuentro de ambas, o mejor dicho al trabajo “interdisciplinario” de una parte de la sociología con una parte de la historia. En el siguiente apartado abordaremos cómo se dio la aproximación desde la historia a la sociología (historia social) y desde la sociología a la historia (sociología histórica).

LA “NUEVA” HISTORIA SOCIAL NORTEAMERICANA, 1940-1970

A finales de la década de los cincuenta, los historiadores norteamericanos tenían suficientes razones para sentirse satisfechos por el desarrollo institucional de su disciplina en las principales instituciones de educación superior, pero para un importante número de académicos todavía no se había avanzado lo suficiente para consolidar el estatus científico de la historia, debido a que se carecía de un “núcleo intelectual” sólido y autónomo. De esta manera, resurgieron los llamados a construir una “nueva” historia social que ya habían sido invocados durante la década de 1920, cuando James Harvey Robinson, de la Universidad de Columbia, “[había] apelado a sus colegas a hacer una historia crecientemente relevante para los problemas del presente, que observara los eventos políticos en su ambiente social y económico; que relatara las experiencias del hombre común y que cooperara con las ciencias sociales” (Hofstadter y Lipset, 1968: 8).

La respuesta más ambiciosa de la *New History* fue la serie de 20 volúmenes de la *History of American Life* (1927-1948), de Dixon

Ryan Fox y Arthur Schlesinger M. Jr., editada por la Universidad de Columbia. Sin embargo, el proyecto fue un intento fallido porque los numerosos aspectos de la vida social (matrimonio y familia, instituciones religiosas y sociales, educación, urbanización, etc.) aparecían desarticulados unos de otros, a la manera de fotografías de un álbum familiar, pero sin una teoría que ordenara las relaciones existentes entre ellos, o que ofreciera la “dinámica” social de cambio y continuidad de las distintas esferas sociales. En 1955, el historiador Thomas Cochran afirmaba que “la ciencia social no ha sido tomada en cuenta por la mayoría de los historiadores en los Estados Unidos”, y ocho años más tarde el sociólogo S. N. Eisenstadt consideraba que “la actual orientación subyacente en la historiografía es convencional y conservadora” porque no había un sólido cimiento teórico que sustentara sus narraciones (Hofstadter y Lipset, 1968: 9).

La opinión de Eisenstadt reflejaba cierto prejuicio entre los sociólogos sobre el trabajo de los historiadores, pero también la división del trabajo intelectual entre ambas disciplinas, pues como afirma Lipset, la tarea de los sociólogos era “formular hipótesis generales, con la esperanza de desarrollar grandes marcos teóricos y poder probarlos”, mientras que los historiadores buscan “comprometerse con el particular juego de los acontecimientos y procesos” (Hofstadter y Lipset, 1968: 22-23). A pesar de los estereotipos profesionales, hubo un saludable y activo debate entre historiadores “conservadores” e “innovadores”, que orientó cada vez más la disciplina histórica hacia las ciencias sociales, especialmente la sociología.

Uno de los factores que promovieron el acercamiento entre la historia y la sociología fue el cambio de orientación al interior de la historiografía norteamericana ocurrido a principios de la década de 1940. En esta etapa, la tesis principal de la historiografía progresista había llegado a su límite, pues de acuerdo con su interpretación económica de la historia, el conflicto entre los intereses de los grupos sociales —la aristocracia vs. el pueblo— era el eje de toda la trama histórica norteamericana.⁵ La crítica a esta historiografía vino de la generación de los historiadores del “consenso”, para la cual:

⁵ La corriente de pensamiento conocida como historiografía progresista tuvo su desarrollo entre 1890 y 1930, un periodo de mucha efervescencia social debido a numerosas huelgas, la actividad de grupos anarquistas y socialistas y la organización sindical de los obreros norteamericanos. Los historiadores de esta corriente utilizaron los conceptos marxistas de “conflicto social” y “clases sociales”, pero su esquema fue simplista, ya que consideraba la vieja

El abandono de la historia basada en el conflicto fue en parte una respuesta a un nuevo ambiente político y a una nueva modalidad intelectual. Con la devastación europea, había una disposición a buscar una vez más la promesa del futuro sobre bases nativas, una resurrección del viejo sentimiento de que los Estados Unidos son mejores y diferentes... La Guerra Fría trajo un cierto cierre de filas, una disposición a acentuar los objetivos comunes, un retroceso del marxismo y su tendencia a pensar en el conflicto social como algo llevado à *outrance* (Hofstadter, 1968: 400).

No sólo el nuevo contexto político de la posguerra volvió más conservadores a los académicos norteamericanos, también la propia lógica de las ideas giró en nueva dirección como reacción al “determinismo” económico de los historiadores progresistas. En palabras de Hofstadter: “El péndulo tenía que oscilar en la dirección opuesta: comenzó a resultar claro que para que pudiéramos lograr alguna introyisión nueva en la historia norteamericana había que evitar que se acentuara excesivamente el conflicto y mirar el pasado norteamericano desde otro ángulo” (Hofstadter, 1968: 401). A principios de la década de 1940 los historiadores comenzaron a revalorar el papel de las *ideas* y *actitudes* como fuerzas que también actuaban como motores de la vida social; así, se “reconoció que las fuerzas sociológicas, étnicas y culturales eran indispensables para una plena comprensión de los acontecimientos” de toda sociedad (Hofstadter, 1968: 403).

La interpretación historiográfica se tornó más compleja y plural al reconocer la importancia de los factores económicos pero también de los ideológicos y culturales, para entender la continuidad y el cambio social. Los fenómenos de la inmigración, la aculturación, el localismo, la raza, la esclavitud, la movilidad social y el estatus social fueron reexaminados, no aisladamente (a la manera de la *New History* de los años veinte), sino como partes integrantes de la vida social. En buena medida, la historia adoptó una “cultura sociológica” –encuestas de opinión pública y métodos cuantitativos–; también el psicoanálisis freudiano y la sociología del conocimiento, que mostraron la

antinomía entre “aristocracia” y “pueblo” como el tema central de la historia norteamericana, pero sin una interpretación realmente dialéctica del devenir histórico. Charles Beard fue uno de los mayores exponentes de esta historiografía, cuya obra principal fue *An Economic Interpretation of the U.S. Constitution* (1913). Véase Hofstadter y Lipsset (1968), Arriaga (1991) y Novick (1997).

relevancia de los aspectos emocionales y simbólicos de la conducta. Particularmente, el análisis estructural funcionalista de Robert K. Merton influyó en la agenda de investigación de muchos historiadores jóvenes y hubo muchos más que buscaron crear una estructura teórica general que sirviera de base a su interpretación histórica (Hofstadter, 1968: 404-5).

Sin embargo, a la historiografía del consenso pronto se le identificó con una retórica nacionalista –la del excepcionalismo norteamericano– que dibujaba la historia norteamericana como la síntesis de la modernidad y modelo ejemplar para la civilización occidental; sus críticos le reprocharon su profundo conservadurismo ideológico y su excesiva ingenuidad política.⁶ Hofstadter, uno de los historiadores cercanos a este enfoque, al evaluar las fortalezas y debilidades de esta interpretación histórica subrayó que su principal mérito –transitorio– había sido colocar la “singularidad” de la historia norteamericana en un esquema comparativo, pero la historiografía del consenso no desarrolló una explicación acabada sobre la dinámica y el cambio social, específicamente sobre el conflicto étnico, racial, religioso y moral presente en la sociedad estadounidense.

LA NUEVA IZQUIERDA Y LA HISTORIA “DESDE ABAJO”

Precisamente fueron los conflictos sociales y políticos de la siguiente década los que terminaron con el optimismo político de los historiadores norteamericanos, debido a la ola de movimientos sociales de los famosos *sixties*; de nuevo, surgió un sentido de crisis de la “identidad nacional” norteamericana. De acuerdo con Robert Darnton:

El conflicto racial, las “contraculturas”, el radicalismo estudiantil, la guerra del sureste de Asia, el colapso de la presidencia, destruyeron la visión de la historia de Estados Unidos como un consenso espiritual. Entraron los historiadores sociales, no a llenar el vacío sino a hacer a un lado las ruinas de la

⁶ Christopher Lasch aclara que Hofstadter tuvo cuidado de no equiparar la protesta social con la patología social. Asimismo, la aceptación del *status quo* no era un indicador de la salud mental de un grupo social; sin embargo, al negar la existencia de un verdadero conflicto ideológico en la sociedad norteamericana subrayó el “acuerdo ideológico” no sólo como la principal característica del sistema norteamericano sino como la fuente de su estabilidad (1984: 13).

vieja *New History*, no para reconstruir un pasado único sino para lanzarse en diferentes direcciones (Darnton, 1988: 52).

Para los jóvenes historiadores de los sesenta, la historia de los grupos olvidados por la *mainstream* fue su principal objeto de investigación: “la historia de los negros, la historia urbana, la historia obrera, la historia de las mujeres, de la criminalidad, de la sexualidad, de los oprimidos, de los inarticulados, de los marginales; se abrieron tantas líneas de investigación que la historia social pareció dominar la investigación en todos los frentes” (Darnton, 1988: 52). La así denominada “historia desde abajo” fue la punta de lanza de la nueva historiografía radical conocida bajo la etiqueta de *New Left*.

A mediados del siglo xx, en Estados Unidos surgieron movimientos sociales y tendencias políticas sistemáticamente opositoras al *status quo* y a la ideología del consenso; el primero de ellos fue el Movimiento por los Derechos Civiles que inició en 1955 y cuya demanda básica era terminar con el régimen de segregación racial que marginaba a la población negra, principalmente del sur del país. Una de las primeras organizaciones de este movimiento fue el *Student Non-violent Coordinating Committee* (SNCC), que contó con la participación de un gran número de jóvenes estudiantes, negros y blancos.

En 1960 se fundó la organización estudiantil más importante de la Nueva Izquierda, denominada *Students for a Democratic Society*; por otra parte, el movimiento estudiantil iniciado en Berkeley en pro del Derecho a la Libre Expresión (1964)⁷ abrió un gran debate político e intelectual al interior de las universidades más importantes, al criticar a las principales instituciones de la sociedad norteamericana, entre ellas a la propia estructura universitaria y la “verdad oficial” de la academia establecida (Novick, 1997: 500). Los jóvenes universitarios de la Nueva Izquierda tuvieron un gran activismo social, pero hacia fines de la década su impacto se reflejó sobre todo al interior de las universidades, particularmente en el terreno de las ciencias sociales. Ante el recrudecimiento de la guerra en Vietnam, los estudiantes tomaron los edificios administrativos en Columbia y

⁷ Jesús Velasco señala que, a inicios de los sesenta, la Universidad de Berkeley era una de las instituciones más progresistas y abiertas al debate y actividad políticos de diversas organizaciones estudiantiles troskistas, anarquistas, socialistas y comunistas, aún antes de iniciarse la movilización estudiantil nacional (Velasco, 2001: 6-7).

Harvard, en 1968 y 1969. Un año después sucedió el triste episodio donde murieron asesinados cuatro estudiantes en la Universidad de Kent (De los Ríos, s/f: 21).

El término de *New Left* no es lo suficientemente claro para designar una ideología o corriente de pensamiento dentro de la academia norteamericana. Más bien ha sido utilizado para referirse a la asociación de algunos profesores universitarios con la facción más extremista del movimiento estudiantil norteamericano de los sesenta. Novick señala que:

Por supuesto, la nueva historiografía de izquierda y la nueva izquierda estudiantil tenían importantes raíces comunes. Ambas surgieron por 1960, en un clima caracterizado por el declive del macartismo, la frustración por la estupidez de la política en los años de Eisenhower, la admiración por el naciente movimiento de los derechos civiles en el sur, las primeras sacudidas de oposición a la carrera de las armas nucleares y la agitación en el movimiento comunista, ocasionada por el discurso de Jruschov en el xx Congreso del Partido Comunista Ruso y por el aplastamiento soviético del levantamiento húngaro (Novick, 1997: 501).

La historiografía de la Nueva Izquierda norteamericana se distinguió por criticar a la historiografía del “consenso” centrada en el Estado y la identidad nacional norteamericanos; por el contrario, su objeto de estudio eran los grupos excluidos por la historia “oficial”: obreros, campesinos, mujeres, grupos étnicos minoritarios, sociedades tradicionales, etc. A esta nueva orientación de los historiadores se le conoció como *historia desde abajo* y el campo donde floreció tal perspectiva fue la historia social. La “nueva” historia social norteamericana fue una triple reacción en contra de la historiografía centrada en las elites, en la esfera de la política y alejada de las ciencias sociales. Sin embargo, desde su comienzo hubo ambigüedad en la definición de este tipo de historia, aunque se le ha entendido principalmente de dos maneras: a) como un campo de estudio parcial (descripción de grupos sociales), pero sin un núcleo intelectual sólido; y b) como “la historia de los hombres que viven en sociedad”.

Dentro de la primera definición, la historia social aborda el estudio de grupos sociales o bien de la estructura social a partir de una gran variedad de conceptos que impide su agrupación en una sola “corriente” o “escuela” de pensamiento. La diversidad de teorías de-

riva de las distintas formas de entender qué es la sociedad y cómo puede abordarse su historia. En este amplio rango de enfoques o *approaches* coexisten historiadores que conciben a la sociedad como una mera colección de individuos separados y fragmentados, al estilo de algunos “cliometras” y defensores de la historia cuantitativa empírica; otros privilegian el análisis de la sociedad como estructura, y algunos más se interesan por estudiar la relación dialéctica entre acción y estructura social. A pesar de las diferencias teóricas es importante subrayar que los practicantes de la “nueva” historia social reconocieron la necesidad de utilizar explícitamente la teoría social (particularmente de la sociología y la antropología) para organizar y explicar los datos históricos. El uso de la teoría en historia ha sido para formular preguntas, periodizar los distintos ritmos del cambio social, elaborar hipótesis causales del cambio social y crear sistemas conceptuales de comparación (Casanova, 2003: 71).

La otra versión de la historia social ha sido la historia “desde abajo”, inspirada por los marxistas británicos de mediados del siglo xx, Christopher Hill, Rodney Hilton, George Rudé, Eric Hobsbawm y E. P. Thompson; este grupo estuvo ligado al Partido Comunista británico pero se alejaron de él después de la invasión soviética a Hungría en 1956; las principales publicaciones de esta corriente intelectual fueron la *New Left Review* (1957) y *Past and Present* (1958).⁸ Para Julio Aróstegui, la contribución más importante de este grupo de historiadores fue haber planteado una sólida fundamentación conceptual para la investigación histórica. El estudio de la historia popular era un tema ya viejo en la disciplina, pero los historiadores marxistas británicos aportaron conceptos, métodos y análisis más claros sobre las prácticas populares; en contra del marxismo economicista, ellos revalorizaron el análisis “cultural” de la acción y la protesta de los grupos populares, es decir, el papel de las ideas políticas y tradicio-

⁸ Aróstegui identifica dos grupos de historiadores marxistas británicos; el primero está conformado por Hilton, Hill, Hobsbawm, Thompson y Victor Kiernan y su publicación más importante fue *New Left Review* (1957); el otro grupo es el de la revista *History Workshop* (1976), integrado por Raphael Samuel, Sheila Rowbotham y Gareth Steadman Jones. E. P. Thompson destacó entre todos ellos porque fue “el que mayor originalidad y diferenciación mantuvo al evolucionar hacia un marxismo de vocación esencialmente cultural, antiestructural, que se ocupa sobre todo de las formas de representación y manifestación de los contenidos de clase” (Aróstegui, 2001: 122).

nes históricas en la relación y conflicto de clases.⁹ Además de estudiar la composición social de los “actores” sociales, revisaron sus intenciones, objetivos e ideología (Aróstegui, 2001: 121-24).

El debate de la historiografía marxista anglosajona tuvo resonancia internacional en los años 1950-1960, pero fue E. P. Thompson quien lo llevó directamente a los recintos universitarios norteamericanos (también impartió clases en Canadá), en donde fue profesor de historia y literatura. Un buen número de historiadores norteamericanos de la Nueva Izquierda recibieron la influencia del autor de *The Making of the English Working Class*, porque recuperaba la “experiencia vivida” y el protagonismo de las capas bajas de la sociedad;¹⁰ además, su concepto de *economía moral* provocó nuevas interpretaciones históricas de las luchas populares de las sociedades preindustriales y de las modernas. A diferencia del viejo marxismo ortodoxo que presentaba una imagen estrecha del movimiento obrero, los historiadores norteamericanos radicales se preocuparon por trazar a seres humanos “de carne y hueso”. Por eso sus estudios realzaron el importante papel de las luchas políticas de los sectores populares en el proceso histórico (Novick, 1997: 504; y Casanova, 2003: 128).¹¹

La notable influencia de Thompson en la historiografía anglosajona también se debió a su crítica del estructuralismo marxista de Althusser y al idealismo anticomunista de Popper, dos tendencias que estaban de moda en Francia y Estados Unidos, respectivamente; ambos pensa-

⁹ Gracias al “giro culturalista” de los marxistas británicos surgen nuevas investigaciones sobre la cultura popular: calendario de ritos y fiestas; el lugar de los juegos en la vida social; los diferentes ritmos de trabajo y ocio antes y después de la revolución industrial; la adolescencia y el significado simbólico de las formas de protesta popular, entre otras. Para Thompson, los rituales populares constituyen una rica veta para el análisis histórico, pues permiten conocer normas implícitas en la conducta colectiva.

¹⁰ Para Thompson, el concepto de *experiencia* es una categoría analítica que posibilita que la estructura social se transmute en proceso y permite que el sujeto vuelva a ingresar, de esta manera, en la historia. La historia como proceso es una concepción que se remite a Vico, pero que es retomada por Thompson en la polémica que sostuvo con el estructuralismo althusseriano, la sociología parsoniana y el marxismo economicista, que compartían la idea de una historia como “proceso sin sujeto” (Thompson, 1994: 12-13).

¹¹ Vale la pena señalar que otro de los atractivos de la historia desde abajo, de inspiración británica, radica en la forma narrativa imaginativa y literaria de sus relatos históricos. Eric Hobsbawm denominó “*haute vulgarisation*” a esta forma de escribir que combina rigor académico con belleza literaria dirigida a un público más amplio que el académico. Hofstadter pocos años antes había señalado que la diferencia más importante entre sociología e historia “quizás reside fundamentalmente en el hecho de que en la profesión histórica un estilo inferior es considerado un obstáculo para su publicación” (Casanova, 2003: 33; y Hofstadter y Lipset, 1968).

dores, según Thompson, compartían un menosprecio por la historiografía y un enfoque reduccionista de la ideología popular; la sociología y la antropología de su época también le parecían antihistóricas, particularmente aquellas orientadas por Radcliffe-Brown, Talcott Parsons y Lévi-Strauss. La historia no podía imitar a la ciencia natural en su búsqueda de “leyes”, pero sí podía alcanzar cierto tipo de verdad mediante el diálogo entre datos empíricos y conceptos teóricos.

En el renovado debate sobre el estatuto de la historia (ciencia/literatura) en la academia norteamericana, Thompson consideró que era poco provechoso considerarla una ciencia, pero eso no impedía que produjera conocimientos verdaderos y que la historia debía concebirse como la “disciplina del contexto y del proceso”; el interés en la teoría social para el marxista británico era explícito y profundo; sin embargo, consideró que “al acercarse a los conceptos (antropológicos y sociológicos), el historiador no busca modelos analíticos ni respuestas [...] sino explicar comportamientos concretos y cambiantes en función del tiempo y las circunstancias” (Thompson, 1994:15).

Es difícil resumir la riqueza del pensamiento y la obra thompsoniana en unas cuantas líneas, pero lo importante aquí es destacar que a través de la historia orientada metodológicamente “desde abajo” y practicada por los historiadores marxistas, británicos y norteamericanos, hubo un reencuentro entre la historia y las ciencias sociales, principalmente la sociología y la antropología, y que dicha aproximación se dio al compartir técnicas, datos, conceptos y métodos de investigación. La “fertilización cruzada” entre los distintos campos de conocimiento social abrió espacio para nuevos campos “híbridos” o interdisciplinarios, y el exhorto de los años veinte por una historia teóricamente mejor informada de nuevo tuvo eco en los historiadores de la sexta década (Burke, 1980: 31-32).

EL ESTRUCTURAL FUNCIONALISMO Y EL SURGIMIENTO DE LA SOCIOLOGÍA HISTÓRICA

Es de sobra conocido que el enfoque predominante en la sociología norteamericana entre 1940 y 1960 fue el estructural funcionalismo y que su máximo exponente era Talcott Parsons. Pocos años antes, Robert K. Merton había propuesto un modelo de ciencia social “universal, imparcial y con un escepticismo organizado”, en oposición a

la ciencia social “ideologizada” de los regímenes fascista y comunista. Así, la sociología debía considerarse una ciencia “neutral” y, por lo tanto, “libre de valores”. El rechazo a la injerencia de cualquier tipo de prejuicios en el quehacer científico tenía su origen en la concepción de ideología de los estudiosos norteamericanos, pues ésta se asociaba a explicaciones holistas del mundo, al estilo de Hegel o de Marx, que habían sido utilizadas por los regímenes totalitarios para justificar un pensamiento único y reprimir la disidencia. Para Talcott Parsons, “los criterios esenciales de una ideología son desviaciones de la objetividad científica” (Novick, 1997: 352 y 359).

Teniendo como modelo científico a la ciencia natural, los sociólogos de mediados del siglo xx consideraban que no había diferencias fundamentales entre ambos campos de conocimiento, debido a que su presupuesto epistemológico era que el investigador se enfrentaba directamente a su objeto de estudio, es decir, que no había ninguna interpretación de por medio; por lo tanto, los conceptos y teorías que elaboraba sobre los fenómenos sociales eran observaciones empíricas, del mismo tipo que las del astrónomo, físico o biólogo (Giddens y Turner, 1991: 10). Como ha señalado Tenorio, para la sociología norteamericana de esta época no había preguntas epistemológicas, sólo había *facts, facts and facts*.¹²

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial el mundo había cambiado notablemente, porque la derrota del fascismo, la lucha contra el comunismo y la victoria de los Aliados hicieron de la “vía americana” la mejor forma de democracia occidental al considerarse que estaba libre de las tensiones “autoritarias” de los países europeos. En este contexto, sociólogos como Parsons, Smelser, Eisenstadt y Lipset estaban convencidos de que la fortaleza de la democracia norteamericana radicaba en el “consenso” social; la amplia movilidad social; el pluralismo político; el Estado de Bienestar, y un gobierno descentralizado. El consenso social respecto a “valores” era un elemento central para la integración y el equilibrio de los sistemas sociales, de acuerdo con el enfoque del estructural funcionalismo.

En 1949, el historiador Arthur Schlesinger afirmó que el pensamiento social norteamericano había sido netamente empírico porque había logrado escapar de los enfoques totalitaristas de izquierda

¹² Ciclo de conferencias impartidas por Mauricio Tenorio: “Historia y sociología: la elección americana”, 19 a 24 de julio de 2000, en el Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco.

y derecha, y ubicó a la generación de intelectuales de la época en “el *centro vital*, ese espacio donde los extremismos quedan excluidos” (Velasco, 2001: 6); algunos años después, el sociólogo Daniel Bell enunciaría uno de los títulos más famosos de su obra, *El fin de la ideología*. En gran medida, la cruzada de la academia norteamericana contra las ideologías y filosofías de la historia retrasó y negó un diálogo teórico directo con el marxismo original.

LA PRIMERA FASE DE LA SOCIOLOGÍA HISTÓRICA

En 1951 Parsons publicó *The Social System* y gracias a esta obra consolidó su prestigio académico y el predominio del enfoque funcionalista, debido a la amplia visión teórica y poder explicativo del autor, quien se apoyó en los “clásicos” de la sociología –principalmente Durkheim y Weber– para elaborar una teoría sociológica sistemática. Como afirma Alexander, la interpretación parsoniana de los clásicos hizo énfasis en los valores culturales y la integración social, categorías clave para explicar el “equilibrio societal” (Alexander, 1991: 54). Debido a este énfasis, los críticos del teórico norteamericano han considerado que su “gran teoría” tenía un carácter ahistórico, pues no atendía suficientemente el problema del cambio social.¹³

Sin embargo, es importante anotar que en trabajos anteriores Parsons había utilizado un enfoque histórico comparativo, por ejemplo, en su ensayo “Algunos aspectos sociales de los movimientos fascistas” (1942).¹⁴ Poco después colaboró con y dirigió a Neil Smelser en su investigación histórica sobre el cambio social durante la revolución industrial (*Social Change in the Industrial Revolution*, 1959). Según Smith, el libro de Smelser, junto con los de S. M. Lipset, *Political Man* (1960), y S. N. Eisenstad, *The Political Systems of Empires* (1963) fueron los trabajos que inauguraron la primera fase de investigacio-

¹³ Recientemente algunos estudiosos de la obra de Parsons consideran que tales opiniones carecen de fundamento porque en la obra del teórico norteamericano no sólo existe una teoría del cambio social y de la evolución social sino que ésta ocupa un lugar central. Véase Savage (1998).

¹⁴ En la década de los veinte, Parsons visitó Alemania y pudo observar directamente el ascenso fascista entre los obreros germanos; a su regreso a la universidad, una de sus preocupaciones tempranas fueron los efectos de la propaganda fascista entre los inmigrantes pobres radicados en Estados Unidos.

nes de sociólogos con preocupaciones históricas, orientadas por el estructural funcionalismo (Smith, 1991: 17-18).

Smelser insistió en la relación estrecha entre el análisis histórico y la teoría, pero paradójicamente subordinó los datos históricos para validar su teoría, ya que en su libro predominó el modelo teórico (teoría general de la acción), una secuencia de siete pasos, ocho diagramas, dos apéndices técnicos y una gran cantidad de notaciones algebraicas (Smith, 1991: 16). Eisenstadt y Lipset, en cambio, si tuvieron una perspectiva histórica en sus indagaciones sobre el surgimiento de los imperios burocráticos y las condiciones indispensables para una sociedad democrática; también usaron el método comparativo y un enfoque estructural funcionalista. Los tres sociólogos norteamericanos, no obstante sus diferencias, tuvieron en común la idea de que todo sistema social resolvía los problemas generados por instituciones y grupos internos mediante “ajustes” técnicos y ajustes pragmáticos. Esto significaba que el acuerdo o consenso se imponía sobre el conflicto.

Otras investigaciones orientadas por el estructural funcionalismo y de índole sociológica-histórica fueron los trabajos de un grupo de historiadores y sociólogos de la Universidad de Columbia, entre los que estaban Richard Hofstadter, Nathan Glazer, Seymour M. Lipset y Daniel Bell. Este grupo se dedicó a estudiar, en 1954, el fenómeno del macartismo y sus consecuencias para la democracia norteamericana. La generación de académicos norteamericanos de este periodo vivió personalmente la gran depresión del 29, el *New Deal*, el fascismo, la Segunda Guerra Mundial, y el avance de la Unión Soviética en Europa y Asia; de ahí su interés en reinterpretar la “excepcionalidad” histórica de los Estados Unidos, al ser el único país donde no hubo ni fascismo ni socialismo. Para contestar la vieja pregunta: ¿por qué no hay socialismo en Estados Unidos?, fue necesario ubicar a la historia norteamericana en una perspectiva histórica comparativa, pues sólo de este modo se podía comprender la particularidad de la “democracia más avanzada” de Occidente (Velasco, 2001: 3-6).

El fenómeno del macartismo fue identificado por Lipset y Hofstadter como un movimiento conservador extremista en la política norteamericana. Para analizarlo usaron la categoría weberiana de “*status* político”, pues las expresiones de la derecha radical eran, a su juicio, “la reacción a la pérdida de *status* e influencia” (Velasco, 2001: 3-6). En la segunda mitad de los cincuenta, Lipset dedicó su esfuerzo intelectual al estudio de los orígenes de la derecha norte-

americana desde finales del siglo xviii hasta principios del xx. Al comenzar la siguiente década, su interés central fue el desarrollo histórico de la nación norteamericana, específicamente las condiciones necesarias para el surgimiento y consolidación de las instituciones democráticas, tanto económicas como religiosas y culturales (enfoque weberiano). La mayoría de sus textos eran estudios comparativos sobre la democracia y la antidemocracia y mantuvieron un diálogo crítico con la teoría de la modernización, que era uno de los enfoques predominantes en la sociología norteamericana (Velasco, 2001: 8).¹⁵

Las investigaciones mencionadas han sido consideradas por algunos autores como las primeras obras de sociología histórica, pero otros rechazan etiquetarlas así. En parte, esta oposición a incluir los trabajos de sociólogos funcionalistas en una línea claramente histórica está relacionada con las críticas externas a este paradigma teórico que se encargaron de negar todo interés de Parsons, y de sus seguidores, en la historia y el problema del cambio social. De acuerdo con lo señalado por Dennis Smith:

Sin embargo, la indagación comparativa y la histórica eran secundarias en la obra de Parsons a la tarea de aclarar las responsabilidades de la *Intelligentsia* en la sociedad moderna. Desde su perspectiva, este es el trabajo de hombres y mujeres profesionales, especialmente sociólogos, para ayudar a mantener un orden social integrado, racional y con valores morales (Smith, 1991: 12).

LA SEGUNDA FASE DE LA SOCIOLOGÍA HISTÓRICA

La tesis sobre el “consenso” social prevaleciente en la sociología académica norteamericana recibió críticas opositoras desde distintas corrientes que abrieron el camino a la segunda generación de sociólogos-historiadores, hacia finales de la sexta década y principios de los setenta. De acuerdo con Bendix, Parsons había interpretado mal a

¹⁵ Entre 1950 y 1960 las teorías de la modernización y del desarrollo tenían a la “diferenciación social” como la clave principal para clasificar y ordenar en un *continuum* a las sociedades tradicionales y modernas. En el contexto de la Guerra Fría, dichas teorías establecieron procesos lineales a través de los cuales todas las naciones en desarrollo se moverían tarde o temprano. Los teóricos de la modernización creyeron que mediante el crecimiento económico capitalista, el incremento de los niveles educativos y la pluralidad política, las naciones más atrasadas podían arribar a la democracia estilo americano.

Weber al “olvidar” la sociología política y los escritos sobre el control patrimonial del teórico alemán (Alexander, 1991: 58). Por otra parte, Gouldner criticó la lectura parsoniana de Durkheim y mostró que éste tenía un énfasis materialista y radical opuesto al de la interpretación funcionalista. También Dahrendorf y Cosser acusaron a la escuela de Parsons de centrar su enfoque en la “estabilidad” y de haber desatendido los problemas del conflicto, el poder y la acción contingente. Si bien es cierto que tales críticas “ignoraron” los trabajos funcionalistas sobre el cambio social y el conflicto político descritos en el apartado anterior, los nuevos enfoques teóricos hicieron sus propias interpretaciones de los clásicos en oposición a las de Parsons y contra Parsons mismo. “Esta destrucción (simbólica) de Parsons estaba también simbólicamente vinculada a su interpretación de Weber y Marx” (Alexander, 1991: 59-60).

Además de la teoría del conflicto, aparecieron otras corrientes teóricas que llevaron a cabo la “desparsonificación” de los clásicos, como la teoría del intercambio, el interaccionismo simbólico, la etnometodología y la sociología radical, pero no todas ejercieron igual influencia en la segunda generación de sociólogos-historiadores, pues como ha señalado Alexander: “La reinterpretación [de los clásicos] preparó el camino para diez años de trabajo sistemático e historiográfico de izquierda, gran parte del cual apareció en [...] *Theory and Society*, que trataba de renovar la sociología partiendo de los clásicos de la teoría del conflicto, la etnometodología y la teoría crítica de Gouldner” (Alexander, 1991: 61).

Los estudiantes de sociología de la segunda mitad de los sesenta, identificados con la Nueva Izquierda, criticaron a sus antecesores por haber aceptado la división maniquea entre “libertad” democrática capitalista y “tiranía” comunista, pues eran más conscientes de las relaciones de poder e injusticia presentes en su propio país y cuestionaron seriamente cualquier tipo de autoridad establecida, incluida la académica. Como ha señalado Blackburn, en Estados Unidos “la Nueva Izquierda protestaba contra la ausencia de calidad, contra el vacío de la vida moderna, contra el medio urbano fragmentado y carente de un sentimiento de comunidad, contra la impotencia de la sociedad americana, incapaz de llevar a la práctica sus promesas de igualdad y libertad y de ponerse a la altura de sus valores e ideales tradicionales” (citado en De los Ríos, s/f: 18).

Theda Skocpol, una de las figuras más prominentes de la sociología histórica norteamericana, comentó en una entrevista con Perry Anderson la importancia de los movimientos sociales de los sesenta en su formación profesional y en la de su generación, a la que ella denomina como la *uppity generation* :

Tal y como intenté explicárselo, quizás un poco insatisfactoriamente, a Perry Anderson ese día, la respuesta descansa en parte en el impacto que tuvieron en mi pensamiento –y en el pensamiento de muchos otros que en ese entonces se convertían en jóvenes adultos estudiosos de la sociedad– los inolvidables acontecimientos nacionales e internacionales de los sesenta, que crearon una “generación inconforme”, que no solamente ha causado problemas a sus mayores en todas las más importantes instituciones de Estados Unidos, sino que también ha revitalizado los aspectos más críticos y panorámicos de nuestras disciplinas (Skocpol citada en Smith, 1991: 54).

En este contexto, gran parte de la teoría e investigación sociológica se desplazó “del estudio del prestigio y movilidad social al estudio de las relaciones de clase; del estudio de las actitudes políticas al estudio del Estado, y del estudio de la desviación irracional al estudio de las fuentes de la acción colectiva” (Smith, 1991). El programa de investigación “bandera” de los sociólogos-historiadores de fines de los sesenta y principios de los setenta mezcló las propuestas de Wright Mills, *La imaginación sociológica* (1959), Barrington Moore, *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia* (1960) y E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class* (1964).

Debido a este renovado interés de los sociólogos norteamericanos en el tiempo y el espacio de los fenómenos sociales, Barrington Moore fue la figura más atrayente, ya que se apropió y combinó ideas tanto del estructural funcionalismo como de Marx y Weber. El uso que le dio a la evidencia histórica fue para desarrollar argumentos generales (por ejemplo, sobre las distintas “rutas” hacia el mundo moderno) y su libro *Orígenes sociales de la dictadura y la democracia*:

...despejó las barreras que obstaculizaban el estudio de las revoluciones en ese cruce de corrientes entre la sociología y la historia. Con él se inauguró una etapa en la que sociólogos y antropólogos, beneficiándose de la materia prima aportada por historiadores sobre casos particulares, profundizaron en el examen detallado de aquellos fenómenos revolucionarios donde se

observaban características comunes, con el objeto de explicar no sólo por qué ocurrían sino también sus diversos resultados (Casanova, 2003: 176).

Para Casanova, la obra de Moore señaló un significativo cambio de rumbo en las ciencias sociales, el inicio de los estudios históricos comparativos del cambio “macroestructural.” A partir de ese momento, la sociología histórica enarboló la bandera de la lucha frente a las teorías sociológicas que despreciaban –y desprecian– sistemáticamente el tiempo histórico y reclamó el retorno a la “tradición clásica de la ciencia social” (Casanova, 2003: 168).

Inspirados por Mills, Thompson y Moore, los sociólogos e historiadores norteamericanos apelaron a un marxismo menos economicista y más cultural, hicieron nuevas lecturas de los conceptos marxistas (lucha de clases, conciencia de clase, proceso histórico) y revisaron el papel de las estructuras políticas y la diversidad cultural.¹⁶ No sólo Marx fue objeto de revisión teórica; también las obras de Max Weber se leyeron con ojos distintos a los de Parsons, al poner de relieve su análisis del cambio social y el método comparativo, la diversidad sociocultural, los procesos temporales y la relación dialéctica entre acciones significativas y determinantes estructurales en la investigación macrosociológica.

El renovado interés en la obra weberiana para algunos sociólogos representaba una alternativa teórica a las sociologías de Durkheim y Marx; para otros, fue una oportunidad para crear un marxismo weberiano. La reinterpretación de Marx y Weber en la academia norteamericana significó, para Skocpol, la renovación de la tradición sociológica clásica “dedicada a la comprensión de la naturaleza y consecuencias de las estructuras ‘a gran escala’ y de los procesos fundamentales de cambio” (citada en Casanova, 2003: 69). No obstante, para esta autora, el deseo apremiante de la sociología histórica era contestar preguntas basadas históricamente, más que proponer paradigmas teóricos abstractos (Skocpol, 1984: 4-5).

En esta segunda etapa, los sociólogos historiadores hicieron hincapié en el papel de las macroestructuras sociales, pero también recordaron que los “actores” sociales eran de “carne y hueso”, cuya

¹⁶ Según De los Ríos, además de estas figuras, otros de los “guías intelectuales” de los movimientos sociales de la época, principalmente el estudiantil y los de la contracultura, fueron Herbert Marcuse, Erich Fromm y Hanna Arendt (De los Ríos, s/f: 5).

experiencia y protagonismo históricos debían ser recuperados por el investigador social (Thompson). Precisamente por esta visión más humanista otros dos autores que atrajeron la atención de los estudiantes fueron March Bloch (1967) y Norbert Elías (1978), quienes habían escrito sus principales obras en las décadas anteriores, pero que fueron recuperados por la academia anglosajona sólo hacia principios de los setenta. También los trabajos de Bendix, Tilly y Wallerstein fueron reconocidos por su orientación sociológica e histórica.

Aunque las obras de estos autores eran heterogéneas, todas se distinguían por su diálogo con los clásicos de la teoría social y su profunda erudición histórica; por comprender cómo y cuáles patrones y tendencias históricas del pasado habían formado nuestro presente; por haber analizado la naturaleza y consecuencia de las revoluciones capitalistas y democráticas de Europa, pero también por haber comparado el desarrollo histórico del mundo occidental y oriental. Sin embargo, el estilo de investigación de Bendix, Moore, Thompson, Skocpol, Bloch, Elías, Tilly y Wallerstein ha sido muy difícil de imitar, debido a su gran habilidad para plantear grandes preguntas, mezclar la teoría general con un análisis histórico totalizante o comparativo, y su sensibilidad a detalles contextuales y procesos temporales. Por si fuera poco, la mayor parte de ellos han sido izquierdistas políticamente comprometidos.

En la siguiente fase, que comprende la segunda mitad de los setenta y hasta finales de los ochenta, la sociología histórica logró consolidar su presencia institucional en las universidades y, paradójicamente, se convirtió en uno más de los múltiples campos hiperespecializados de la academia norteamericana. En 1979 se reunieron una docena de sociólogos e historiadores en Cambridge, quienes poco después publicaron el libro coordinado por Theda Skocpol, *Vision and Method in Historical Sociology*, considerado el manifiesto de la disciplina. En 1983, la *American Sociological Association* abrió una sección dedicada a la sociología histórica, cuya revista se fundó ese mismo año, *Comparative and Historical Sociology*. Cinco años después apareció la revista anglosajona *Journal of Historical Sociology*. Usando la metáfora de Skocpol, lo que en 1960 era una pequeña corriente se convirtió en un caudaloso río hacia finales de los ochenta.

Si bien el desarrollo de esta etapa ya no es tema de este trabajo, nos parece pertinente señalar que en la primera mitad de los años setenta la sociología histórica se consideraba a sí misma como una

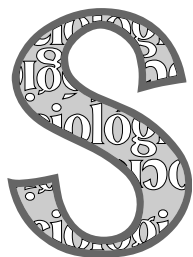
corriente “renovadora” de la teoría social clásica, dedicada a comprender la naturaleza y efecto de las macroestructuras y el cambio social. Sin embargo, su intención no era crear una “escuela” o paradigma teórico dominante, sino más bien plantear y resolver preguntas teóricas basadas históricamente. En la segunda mitad de esa década surgió otro proyecto más radical que propone la fusión total entre historia y sociología, y a la sociología histórica como la “esencia” de la disciplina (Abrams, 1982). Este proyecto, de nuevo, tiene como base otra “reinterpretación” de los clásicos y la transformación de los fundamentos epistemológicos de la sociología, pero esa es otra historia.

CONCLUSIONES

La nueva historia social y la sociología histórica norteamericanas fueron dos campos “interdisciplinarios” que surgieron en la academia del vecino país entre las décadas de 1960 y 1980, cuya colaboración no siempre ha sido bien recibida entre sociólogos e historiadores. Actualmente todavía existe una amplia discusión sobre cuál debe ser la relación más recomendable, la división del trabajo o la fusión total; a pesar de las diferentes posiciones, es indudable que a partir de la sexta década del siglo xx una parte de los historiadores es cada vez más consciente de las implicaciones ideológicas, metodológicas e interpretativas del uso de la teoría social; asimismo, un buen número de sociólogos tienen mayor conciencia de la importancia del tiempo y el espacio como categorías centrales para estudiar la dinámica y cambio sociales.

Aunque la nueva historia de la Escuela de los *Annales* francesa y la historia “desde abajo” del marxismo británico surgieron antes de la década de los sesenta, fue en Estados Unidos donde la institucionalización y profesionalización de la historia y la sociología alcanzaron mayor rapidez y madurez, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial. El periodo que va de 1945 a 1975 fue uno de rápido crecimiento y acelerada expansión del sistema universitario norteamericano; la aproximación entre las disciplinas sociales dio lugar a estudios de “frontera” o “híbridos”, como son los casos de la historia social y de la sociología histórica. Ambas empresas intelectuales surgieron como respuesta crítica a la historiografía del consenso y a la sociología estructural funcionalista.

Al igual que los seguidores de la “nueva” historia social, los miembros de la segunda generación de la sociología histórica (1965-1975), se identificaron en su mayoría con la Nueva Izquierda norteamericana y ambos grupos demandaron una “historia desde abajo” y una teoría sociológica más comprometida con el estudio del cambio social, en una perspectiva histórico-comparativa. Todavía pasaron algunos años para que la plena institucionalización de la sociología histórica lograra afianzarse en la academia norteamericana, pero las “semillas” fueron cultivadas en las dos décadas previas, que se caracterizaron por la gran expansión de las universidades norteamericanas, reorientaciones de la teoría social, amplia movilización social y profundos cambios culturales.



BIBLIOGRAFÍA

- Abercrombie, Nicholas, Stephen Hill y Bryan Turner
 1986 *Diccionario de Sociología*, Ediciones Cátedra, Madrid.
- Abrams, Philip
 1982 *Historical Sociology*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York.
- Adams, Paul (comp.)
 1979 *Los Estados Unidos de América*, Siglo XXI Editores, vol. 30, Col. Historia Universal, México D.F.
- Alexander, Jeffrey C.
 1991 “La centralidad de los clásicos”, en Anthony Giddens y Jonathan Turner (eds.), *La teoría social, hoy*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Alianza Editorial, México D.F., pp. 22-80.
- Appleby, Joyce, Lynn Hunt y Margaret Jacob
 1998 *La verdad sobre la historia*, Andrés Bello, Barcelona.
- Aróstegui, Julio
 2001 *La investigación histórica: teoría y método*, Editorial Crítica, Barcelona.
- Arriaga, Victor *et al.*
 1991 *Estados Unidos visto por sus historiadores*, tomo 2, Instituto Mora/Universidad Autónoma Metropolitana, México D.F., pp. 7-15.
- Bloch, Marc
 1967 *Land and Work in Medieval Europe. Selected Papers by Marc Bloch*, Routledge, Londres.
- Bottomore, Tom y Robert Nisbet
 1988 *Historia del análisis sociológico*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Burke, Peter
 1980 *Sociología e historia*, Alianza Editorial, Madrid.
 1997 *Historia y teoría social*, Instituto Mora, México D.F.
- Casanova, Julián
 2003 *La historia social y los historiadores*, Editorial Crítica, Barcelona.
- Darnton, Robert
 1988 “Historia intelectual y cultural”, en *Historias*, núm. 19, octubre-marzo, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México D.F., pp. 41-56.

- De Certeau, Michel
 1995 *La escritura de la historia*, 2ª. ed., Universidad Iberoamericana, México D.F.
- De los Ríos, Patricia
 s/f “Los movimientos sociales de los años sesenta en Estados Unidos: un legado contradictorio” (mimeo).
- Elías, Norbert
 1978 *The Civilizing Process*, Basil Blackwell, Oxford.
- Giddens, Anthony y Jonathan Turner
 1991 “Introducción”, *La teoría social, hoy*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ Alianza Editorial, México D.F., pp. 9-21.
- Handlin, Oscar
 1982 *La verdad en la historia*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.
 1989 “Temas centrales en la historia norteamericana”, en *Secuencia*, núm. 14, Instituto Mora, México D.F., pp. 38-54.
- Hofstadter, Richard
 1968 *Los historiadores progresistas*, Paidós, Buenos Aires.
- Hofstadter, Richard y Seymour M. Lipset (eds.)
 1968 *Sociology and History: Methods*, Basic Books, Inc., Nueva York.
- Horowitz, Irving Louis
 1980 *Ideología y utopía en los Estados Unidos*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- Juliá, Santos
 1989 *Historia social, sociología histórica*, Siglo XXI de España Editores, Madrid.
- Lasch, Christopher
 1984 “Prólogo”, en Richard Hofstadter, *La tradición política norteamericana y los hombres que la formaron*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., pp. 9-20.
- Marsal, Juan F.
 1977 *La crisis de la sociología norteamericana*, Ediciones Península, Barcelona.
- Mills, Wright
 1959 *The Sociological Imagination*, Penguin, Harmondsworth, Londres.
- Novick, Peter
 1977 *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, 2 tomos, Instituto Mora, México D.F.

Ritzer, George

2001 *Teoría sociológica moderna*, 3ª ed., McGraw-Hill, Madrid.

Rodríguez Piña, Javier (coord.)

2000 *Ensayos en torno a la sociología histórica*, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México D.F.

Ross, Dorothy

1994 “Las ciencias sociales en Estados Unidos desde la perspectiva de una historiadora”, en *Secuencia*, núm. 28, Instituto Mora, enero-abril, México D.F., pp. 115-136.

1995 “Grand Narrative in American Historical Writing: From Romance to Uncertainty”, en *American Historical Review*, vol. 100, núm. 3, junio, pp. 651-677.

Savage, Stephen P.

1998 *Las teorías de Talcott Parsons. Las relaciones sociales de la acción*, McGraw-Hill/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México D.F., capítulo 6, pp. 161-192.

Skocpol, Theda (ed.)

1984 *Vision and Method in Historical Sociology*, Cambridge University Press, Massachusetts.

Smith, Dennis

1991 *The Rise of Historical Sociology*, Temple University Press, Filadelfia, pp. 1-85.

Tenorio, Mauricio

1996 “De encuentros y desencuentros: la escritura de la historia en Estados Unidos. Ensayo de una visión forastera”, en *Historia Mexicana*, vol. XLVI, núm. 4, El Colegio de México, pp. 889-925.

1999 “Stereophonic Scientific Modernisms: Social Science Between Mexico and the United States, 1880s-1930s”, en *The Journal of American History*, vol. 86, núm. 3, edición especial publicada por la Organización de Historiadores Norteamericanos.

2000 “*Liasions dangereuses*: Memoria y olvido historiográfico, México-Estados Unidos”, en *De cómo ignorar*, Fondo de Cultura Económica/Centro de Investigación y Docencia Económicas, México D.F., pp. 146-161.

Thompson, E. P.

1994 *Historia social y antropología*, Instituto Mora, México D.F.

Trow, Martin

1989 “Una comparación entre las perspectivas de las políticas de educación superior en el Reino Unido y en los Estados Uni-

dos”, en *Universidad futura*, vol. 1, núm. 2, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco y Centro de Investigaciones Avanzadas, México D.F.

Velasco, Jesús

2001 “Caminando por la historia intelectual de Seymour Martin Lipset”, *Documento de trabajo*, núm. 86, Centro de Investigación y Docencia Económicas, México D.F.

Wallerstein, Immanuel

1996 *Abrir las ciencias sociales*, Siglo XXI Editores, México D.F.